

Review / Reseña

Rodríguez, Ileana. *La prosa de la contrainsurgencia: “Lo político” durante la restauración neoliberal en Nicaragua*. North Carolina: Editorial A Contracorriente/University of North Carolina Press, 2019. 170 pp.

Ana Forcinito

University of Minnesota

Desde la introducción a *La prosa de la contrainsurgencia: “Lo político” durante la restauración neoliberal en Nicaragua*, Ileana Rodríguez plantea un análisis crítico y reflexivo a partir de las masivas protestas del 2018, que le sirven de marco a través del cual revisitar el pasado como el camino que lleva al presente. Nuevamente, y como en los textos anteriores que conforman la vasta tarea crítica e intelectual de Rodríguez, *La prosa de la contrainsurgencia* ofrece una brillante intervención en los estudios latinoamericanos a través de una intersección de los estudios subalternos y feministas anclados en el análisis político del Frente Sandinista desde 1979 hasta el presente.

Un corpus de textos testimoniales y ensayísticos le sirven para repensar la revolución sandinista con una mirada anclada en las prácticas sociales y cotidianas de sus dirigentes. Desde el pasado somocista hasta la euforia revolucionaria, desde el paulatino proceso de restauración del modelo neoliberal hasta los acuerdos de la transición, el análisis que Rodríguez propone acerca de la transformación de lo político en los pactos, acuerdos y sorpresivos giros dentro del sandinismo tiene lugar en la intersección entre la reflexión teórica y el testimonio personal. Y si la supervivencia es también otro concepto central (cómo sobrevivir un proyecto revolucionario frente al cerco de la contrainsurgencia y su relato y qué mutaciones conlleva semejante

transición), la derrota es lo que tiñe de principio a fin este texto que comienza con una sección titulada “Rindo mi testimonio”, dentro de la introducción. En ella Rodríguez retrata dos voces, una pública frente al Congreso de Mujeres de las Naciones Unidas y una trémula que se escucha entre las rendijas de las palabras. Se trata de la derrota sandinista de la que tiene noticias mientras se encuentra en el congreso organizado por la ONU en 1990. Desde estas primeras páginas se pone en evidencia que además de la prosa de la contrainsurgencia, el texto puede leerse como una “lectura posterior a la derrota” (y a una concatenación de derrotas) y una mirada que si bien abraza el idealismo (y la juventud) de la revolución sandinista, también es crítica de sus errores e incluso sus violencias.

La prosa de contrainsurgencia, título que hace alusión a Ranajit Guha y los estudios subalternistas, se refiere en principio a la prosa estatal como la que da cuenta, sostiene Rodríguez, del “malestar de una juventud que participó, sufrió y actuó en las crueldades de la guerra y conoció en su carne trémula la banalidad del mal” (15). De ahí la importancia que le da a la reflexión sobre la derrota, pero sobre todo a sus zonas ciegas. Y aunque hay una prosa insurgente que, como argumenta en el capítulo uno, entiende al sandinismo como transición posdictatorial, esa prosa no logra, sostiene Rodríguez, transformar la cultura somocista a la velocidad que requería la toma de poder. De ahí que lo cultural se haya tensionado no sólo entre los muros demarcados por la administración Reagan, la resistencia y el Consejo Superior de la Empresa Privada, sino además por “el disenso en la dirección de FSLN” (32). Uno de los argumentos centrales del libro es justamente la mutación de la prosa de insurgencia en una contrainsurgente, en parte como giro pactado, en parte desde el rechazo maternal-paternal de la guerra, y en parte porque la prosa de la insurgencia (o la resistencia) no había logrado una prosa de pertenencia a una patria que veremos en capítulos siguientes ser narrada como lodo, cansancio, y terror frente a una guerra que cada vez más parecía ajena. Es en este marco en el que va surgiendo una prosa de la contrainsurgencia que termina filtrándose lenta pero ininterrumpidamente. A través de un diálogo con David Close, Guillermo Cortez y Carlos Vilas, Rodríguez plantea el viraje del sandinismo hacia una mezcla de lo radical y liberal para proponer, en el marco de la presión del gobierno de Reagan y los Contras, al año 1984 como la fecha que marcó el cambio de rumbo con un proceso electoral que fue dejando claro un cierto distanciamiento de los principios revolucionarios y que, para Rodríguez, comienza a dar entrada a la oposición.

Y aun cuando la euforia de la fantasía revolucionaria se describe como un “acercase al fuego” y una pulsión de vida y de transformación social y humana, hay una

caída en picada que da cuenta de limitaciones (“ignorancia” es la palabra que usa Rodríguez) en la forma de entender la subjetividad—incluso la revolucionaria—a través de una esencialización y racionalización del sujeto y, sobre todo, de una incapacidad de ver las tensiones agazapadas en las intersecciones de deseos y de miedos.

El segundo capítulo nos lleva de lleno a la “línea de demarcación de la nueva Nicaragua” (47), en la cual Violeta Chamorro, con una figura maternal, siempre atenta a la narrativa de género, dice Rodríguez, proyecta la hermandad y la paz (por vías de la reconciliación, la desmovilización de la Contra y la economía de libre mercado) con un anclaje en la religión, los intereses de la oligarquía y una cierta continuidad del sandinismo que ya había sido propuesto como una intersección radical y liberal. Este capítulo dedica varios pasajes a analizar la prosa de Antonio Lacayo, ministro de la presidencia de Chamorro, en *La difícil transición* y se enfoca sobre todo en su intento de explicar las dificultades de la restauración democrática y la transición al neoliberalismo en el marco de narrativas nacionales populares pero dirigidas ahora por empresarios (71). El tercer capítulo se centra en la participación sandinista en el “gobierno como empresa” y su sociedad maquila. Es en este capítulo donde aborda algunas consideraciones del general Humberto Ortega en Nicaragua, *Revolución y democracia*, y un rol de negociador que diluye las contradicciones entre el gobierno de la concertación y el FSLN. Hasta aquí, el libro nos presenta diferentes procesos de transformación de lo que fueron las narrativas sandinistas de la revolución, sobre todo a partir de su desvinculación de lo que fueron principios revolucionarios desde los ochenta, más allá de los cercos que los acorralaron. La transformación de lo político, argumentada como una transición que no comienza en los noventa sino en la década de los ochenta (y que intenta explicar también las mutaciones que llevan al presente) indaga, al mismo tiempo, sobre la derrota del sandinismo y sobre el precio de su intento (y logro) de sobrevivir, aunque es precisamente la restauración neoliberal que implica esa sobrevida la que lleva al punto de partida el texto, la insurgencia del 2018 y la redefinición de lo político.

Los capítulos que siguen analizan otras aristas de esta derrota, para proponer desde otro reverso (no el de los ideales sino el de la narrativa heroica de la resistencia) una serie de narraciones contrainsurgentes que ponen de relieve una crítica feroz del relato heroico desde la materialidad del cuerpo y la política de los afectos (capítulo 4) y desde las violencias patriarcales que al eliminar lo femenino de lo político anulan el disenso y con ello la posibilidad de rearticular una democracia plural y radical (capítulo 5).

A través de los textos de Juan Sobalvarro (*Perra vida*), Francisco Alvarenga Lacayo (*Sin nombre ni gloria*) y Jorge Luis Prendiz Bonilla (*Mi voluntad*), el capítulo cuatro aborda la narración de combatientes a partir de su desvinculación con la narrativa heroica de la revolución sandinista. En el primer caso, a través de un primerísimo plano de la gesta revolucionaria que se ve transformada en lodo, miedo, cansancio, heridas y hambre se cuestiona la pertenencia y pertinencia a la patria y a una guerra que se nombra como ajena. El cuerpo tiene un lugar central, sugiere Rodríguez al acercarse a *Perra vida*, porque sobre el cuerpo individual “se recarga el peso de la patria”. En el caso de *Sin nombre ni gloria*, Rodríguez se enfoca en la mirada que propone Alvarenga a través de una madre que busca a su hijo en una guerra que tampoco entiende como suya. Desde el comienzo del capítulo piensa en el rol de las madres en la derrota del sandinismo en los noventa y en la centralidad de la paz mirada desde los ojos maternos. Es el lazo afectivo y familiar el que se pone en juego para desmontar la narrativa revolucionaria. En el caso del relato de Prendiz Bonilla, y desplazando el dolor de la madre al padre, Rodríguez centra su mirada en el servicio militar obligatorio y en su intensificación cuando el agotamiento de la guerra generaba exilios y el reclutamiento forzado reemplazaba al poder de convocatoria del FS. Nuevamente es el afecto y el dolor (ahora del padre) el que articula el reclamo de la narración o la prosa contrainsurgente.

Finalmente, el capítulo cinco analiza la formación del sujeto político a través del proceso de masculinización de la mujer guerrillera, a lo cual Rodríguez se refiere como sujeto social transgénero. Para esto trae a colación el testimonio de Leticia Herrera, comandante de la guerrilla urbana nicaragüense en *Guerrillera, mujer y comandante de la revolución sandinista*, a través de un análisis donde confluyen los acercamientos de Catherine Malabou (y los conceptos de plasticidad y de esencialismo) y Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (y su trabajo sobre los conceptos de hegemonía y democracia radical). Ya en *House/Garden/Nation: Space, Gender, and Ethnicity in Post-Colonial Latin American Literatures by Women* (1994) y *Women, Guerrillas, and Love. Understanding War in Central America* (1996) Rodríguez proponía una mirada de género que ponía en cuestión tanto las narrativas fundacionales de la nación como las revolucionarias. El género, como espacio de disputa, venía a entramarse en intersecciones de clase y etnia para desarticular o, por lo menos, poner en cuestión la marcada masculinidad de las narraciones heroicas del sandinismo. La prosa de la contrainsurgencia, como giro que emerge de las tensiones entre el reclamo de masculinidad de lo político y el desempoderamiento de las mujeres a través de diferentes estrategias de subordinación (que incluyen el abuso sexual) está sentado sobre la base del borramiento de lo femenino y lo que Rodríguez llama “la

senda prohibida del afecto” (155). Tal borramiento lleva a “la imposibilidad de democracia radical”, que no admite al sujeto político mujer, sino que lo admite solamente a condición de su masculinización (y de su sometimiento a las normas del patriarcado violento). “[E]nmudecer lo femenino” dice Rodríguez, avasallar su voz. Es aquí donde lo femenino, maleable, muta en un sujeto transgénero en la mujer insurgente: la mujer como hombre revolucionario. Pero es justamente esta transformación la que para Rodríguez revela la imposibilidad de la revolución, puesto que se articula a través de la suspensión, exclusión o mutismo del atributo femenino.

Así llegamos al punto de partida, el año 2018 y las protestas que se extienden por todo el país. Y son estas manifestaciones masivas las que dan cuenta de la resistencia, pero además, es la represión a los estudiantes la que, en palabras de Rodríguez, revela que “el terror que reina hoy en todo Nicaragua ha desestabilizado la personalidad, desquiciado el pensamiento y paralizado la reflexión” (165). La prosa de la contrainsurgencia también se expone aquí en este punto de partida que transita por una serie de voces trémulas (o incluso ya mudas) acalladas por otras voces fuertes y públicas. En el epílogo, que combina una mirada analítica marcada por el dolor se resume lo que, creo, es la propuesta central del libro: la necesidad de mirar críticamente hacia el pasado, en vistas justamente de la insurgencia del 2018: “Las revoluciones triunfantes del siglo XX fueron sometidas a pruebas de fuego” (17), dice Rodríguez. Y agrega: “Era menester reflexionar sobre las equivocaciones, ceguerras y nieblas, pero las desazones del duelo no nos permitieron llevarlo a cabo de inmediato” (17). Y es justamente esta reflexión la que en el 2019, a cuarenta años de la victoria sandinista y a casi treinta de su derrota, constituye esta importantísima contribución a los estudios latinoamericanos para invitarnos a un lucidísimo análisis político y una meticulosa revisión de las zonas ciegas de una prosa que se originó como insurgente.